

Crónicas de Montevideo

La última revolución del 800, con y sin Idiarte Borda

El castillo francés que el presidente nunca ocupó está en Villa Colón

La casa es casi un palacio. No hay lugar a dudas: fue hecha cuidando todos los detalles que es necesario tener en cuenta cuando se sabe que allí va a vivir un presidente. Incluso el lugar en que fue edificada -plena Avda. Lezica-, habla del gusto por los parajes tranquilos y selectos de la época. Fue el lugar que eligió para su descanso quien ocupó la Presidencia de la Nación entre 1894 y 1897, don Juan Idiarte Borda. Pero a pesar de que supervisó todo su proceso de construcción, nunca pudo habitar en ella. Fue asesinado poco tiempo antes de poder mudarse allí con su familia.

Por Gabriela Nóvoa

No era una novedad que querían asesinarlo. Ya había hecho un intento un tal Ravecca, en pleno cruce de las avenidas Garzón y Lezica cuando el presidente venía a ver la casa. Ese era el resultado de la turbulencia política de aquel momento.

Había terminado abruptamente un período de auge -casi un espejismo sustentado en circunstancias sin solidez alguna-; esos breves años de explosión inmobiliaria, parcelamiento y venta de terrenos, construcción de nuevos barrios, creación del Banco Nacional y estrellato de Emilio Reus (uno de los protagonistas esenciales de aquella gloria). Y junto con la crisis económica vino la crisis política, no sólo institucional, sino entre los dos partidos tradicionales y dentro del propio Partido Colorado, donde ya surgía con fuerza José Batlle y Ordóñez en oposición al gobierno de Julio Herrera y Obes.

Era la época en que la Asamblea Legislativa elegía al presidente de la República al año siguiente de constituirse (previa elección). Entonces se dio un hecho sumamente peculiar. Si bien la Asamblea era mayoritariamente colorada, estaba dividida entre los partidarios de Herrera y Obes y los de Batlle. Se requería una mayoría mínima de 45 votos para definir el cargo, y durante 21 días y 40 votaciones fue imposible; y cuando parecía que ya no había solución, se logró un acuerdo (por 47 votos) para designar a Idiarte Borda como el nuevo presidente, quien resolvió continuar la misma política llevada adelante por Herrera. El conflicto seguía, dentro y fuera del partido.

A todo esto, por el '96, Aparicio Saravia inició la revuelta. No fue importante militarmente,

No era una novedad que querían asesinarlo. Ya había hecho un intento un tal Ravecca, en pleno cruce de las avenidas Garzón y Lezica cuando el presidente venía a ver la casa.

Ese era el resultado de la turbulencia política de aquel momento.

pero ya tenía toda la campaña esperando el verdadero levantamiento.

La ciudad grande seguía en caos con críticas que iban y venían de todas las tiendas, y la revolución finalmente llegó en enero de 1897.

Mientras tanto, Idiarte Borda y su familia se refugiaban de la tensión en la intimidad de los proyectos de su reducido núcleo.

En ese mismo año '96, la esposa del presidente, doña Matilde Baños, compró el terreno. Eran tres hectáreas hasta el momento baldías. Encargaron entonces a París que se les enviara diversos planos de casas para poder ele-

gir cuál sería finalmente transformado en construcción. Y no fue sólo el plano lo que llegó de la Ciudad Luz. Todos los materiales con los que se edificó el castillo vinieron de Europa: los mármoles, las puertas y ventanas, la fuente, los techos, la decoración. Todo en armonía con el diseño del castillo estilo Luis XIII, obra del arquitecto Alfredo Massue. Lo único que se hizo con material nacional fue la verja exterior.

Igual cuidado se tuvo con el gran parque que rodeaba la casa. Nada fue librado al azar. La armonía y belleza de la forestación fue diseñada por el paisa-

jista francés que se ocupó de ornamentar gran parte del Parque Rodó.

Parecería que la casa surgió como una continuación de la propia historia de la zona, porque si bien Villa Colón nació sobre las tierras que inicialmente fueron propiedad del brigadier Francisco Xavier de Viana, fue un francés, Perfecto Giot, quien se ocupó en 1873 de su fraccionamiento y promoción como zona de recreo para las familias acomodadas de Montevideo. Y en la arquitectura y paisajística, como en otras muchas áreas del desarrollo estético e intelectual del hombre, París era en aquella

época -como supo serlo todavía mucho tiempo después-, la madre de todas las ciencias y todas las artes. Pero tanto lujo y tanta historia no fue un privilegio para el presidente. Aquel primer atentado era el macabro anuncio de algún otro tiro con mejor puntería o mayor motivación.

A la par que aquel presagio, crecía la inestabilidad política. Cada vez más partidarios de Saravia se refugiaban en Buenos Aires y en Entre Ríos, desde donde históricamente se culminaban los preparativos de las revoluciones de este lado del río. Y la mayor parte del campo había desmolido ya sus armas. Sólo los grandes estancieros del litoral -pioneros del mestizaje para el mejoramiento de razas-, banqueros y comerciantes -y además el gobierno, claro-, se resistían a una nueva debacle. Pero esta llegó sin tropiezos en marzo del '97.

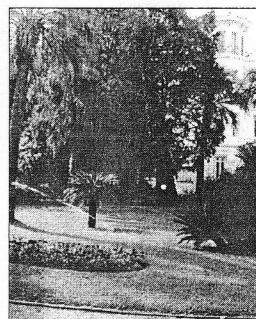
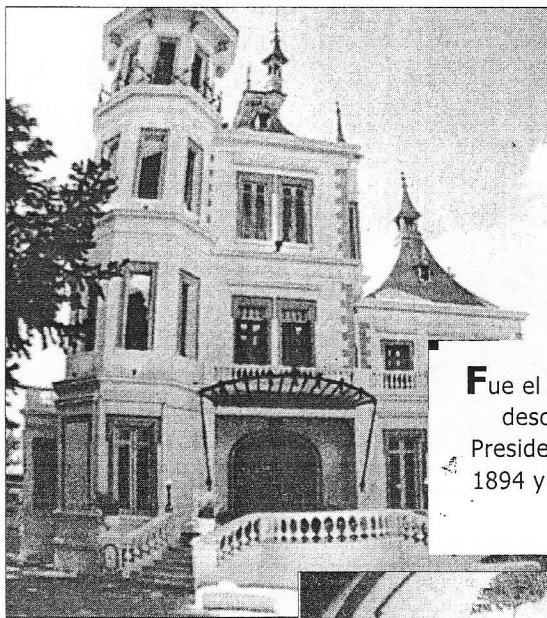
La lucha no fue cruenta. Los enfrentamientos sucedían sin mayores catástrofes, así que llegar a un armisticio no fue tarea demasiado difícil. Sin embargo, el Armisticio de Aceguá firmado en julio duró apenas tres semanas. Agosto fue el mes clave. La negociación entre los revolucionarios y el poder (el verdadero) iba en marcha, y para su concreción parecía interferir quien investía el primer cargo del país, el presidente Juan Idiarte Borda. No había lugar a discusión. En ese momento -como siempre-, el poder decidió.

El 25 de agosto de 1897 Idiarte Borda fue asesinado de un balazo por Avelino Arredondo, a la salida de la Catedral. El presidente murió con una nota en su bolsillo que le avisaba del plan. Y no fue que la desestimara, sino que consideró que un presidente no podía obrar por pánico.

El incidente fue determinante para avanzar en el camino hacia la paz y otros derroteros que la patria hubo de transitar.

En la familia de Idiarte Borda también fue decisivo. Su viuda se marchó a Buenos Aires con sus hijas y nunca más volvió. Fueron sí, las muchachas, quienes regresaron a hacerse cargo de la casa paterna, el magnífico castillo sin estrenar. Ambas mujeres ocupaban el castillo cada año desde el 8 de diciembre al 27 de marzo (al día siguiente del cumpleaños de una de ellas), en que regresaban a Buenos Aires. Fue el tiempo de máximo esplendor de la casa, del gran jardín y la huerta familiar. Incluso hicieron una ampliación, anejando un nuevo terreno en que pusieron piscina, cancha de tenis y una nueva zona arbolada.

La casa ya no pertenece a la familia, más su existencia está asegurada porque fue declarada Monumento Histórico Nacional en 1975. Recientemente fue reciclada y abierta al público como Salón de Té. Pero sigue siendo, para todos, la casa de Juan Idiarte Borda.



Fue el lugar que eligió para su descanso quien ocupó la Presidencia de la Nación entre 1894 y 1897, don Juan Idiarte Borda.

